

PRESENTACIÓN

CAMINAR LA INCERTIDUMBRE

Cuatro siglos después de la irrupción del *Discurso del método* y de las *Meditaciones metafísicas* en la historia del pensamiento nuestra vida cotidiana sigue marcada por la *certeza*. Desde luego, las propuestas filosóficas que señalan en dirección contraria han sido numerosas: desde los escépticos modernos hasta el reciente discurso de la “posverdad”, pasando por los *maestros de la sospecha* (Marx, Nietzsche, Freud), la teoría crítica, la deconstrucción, el posestructuralismo, el pensamiento débil, la posmodernidad, la hermenéutica radical y cuanta empresa filosófica ponga en cuestión los cimientos sobre los que intentamos construir nuestras certezas, todos los diagnósticos se refieren a un agotamiento del modelo de la certeza. No obstante, a pesar de la potencia crítica y de la radicalidad de este tipo de planteos, en la práctica se trata de “saberes de especialistas”, alejados del mundo de la vida en el que nos desenvolvemos día a día.

La contracara de la obsesión moderna con la certeza es el rechazo o, más bien, *la evasión de la incertidumbre*. Hoy, privados del lujo de la certeza epistémica que movió a la Modernidad, hemos desplazado su búsqueda al plano existencial, para asegurar nuestra supervivencia a nivel social, político, económico, cultural, etc. Allí hay que ver una continuidad oculta entre el ideal científico de un Descartes y la constitución de nuestra sociedad contemporánea: todavía hoy rehuímos a la incertidumbre. Esta evasión permea todas nuestras instituciones. El mercado, por supuesto, ha sabido aprovecharse muy bien de esta lógica: hoy en día, y sin darnos cuenta la mayoría de las veces, pagamos por la *certeza* como por un valor agregado, cuando no como un servicio a consumir.

Y, sin embargo, no es posible considerar la condición humana sin este factor terrible que es la falta de certeza: quien ha avizorado algo de aquello que significa ser humano sabe que su vida es mucho más que ese anquilosamiento en la certeza que le ofrece el medio. Sabe que no hay vida sin incertidumbre y, dado que la sociedad que lo rodea no se la ofrece, se dedica a buscarla, a veces con timidez, a veces con afán y fervor o casi con desesperación, en los últimos reductos que quedan de ella, en aquellos focos olvidados de resistencia contra el imperio de la certeza. La busca en el *viaje*, cuando se atreve a salir de la seguridad del turismo enlatado; en la *hospitalidad*, que lo acoge y abraza, pero sin garantías; en el *arte*, aunque solo en aquel que lo conmueve; en lo *sagrado*, que profana cada vez que quiere ajustarlo a sus certezas; en los *sueños*, para los cuales no encuentra una interpretación unívoca; en la *naturaleza*, a la que sin embargo busca tan a menudo domesticar; en la *fiesta*, verdadera irrupción de lo incierto en su cotidianidad; en los *placeres* elementales de

la existencia corpórea, siempre bajo el riesgo de confundirlos con otros más complejos y, por tanto, menos propios, menos reales, menos gozosos; en la *crisis* y en su hermana menor, la *crítica*... Contra los dictados de su tiempo, quien desea la *vida* se vuelve un buscador de la incertidumbre, un explorador de estos ámbitos inciertos, un peregrino de experiencias, un deshaucidado. Pero vive.

Entre esos ámbitos destaca, por supuesto, el *amor*, en sus múltiples analogados. Porque, como cantaba la Mujer de Negro en aquella opereta criolla de Dolina, “es la incertidumbre lo que te enamora”. Y, si la filosofía es *amor a la sabiduría* —o *sabiduría del amor*—, también hay que entender su búsqueda de la verdad en estos términos. Buscar la verdad, al igual que el originario acto de *vivir* del que forma parte, es también un adentrarse en lo desconocido, un caminar la incertidumbre. En un mundo dominado por la claridad y la distinción no habría lugar para la búsqueda. ¿Podría surgir la pregunta filosófica en una tierra sin incertidumbre? Descendiente de Penía, la filosofía solamente es posible en el terreno de lo incierto.

El *margin de incertidumbre*, lejos de ser una falla estructural que devora nuestras certezas, es lo que posibilita el crecimiento, el desarrollo, la realización y la comunicación de la vida. La incertidumbre *niega* la vida ni la verdad, sino que la *pone a prueba* y, así, la *afirma*. Este es el sentido profundo de lo que significa la *experiencia*, como reconocía Ortega y Gasset: experimentar es probar, ensayar, pero también atravesar un paso estrecho o difícil, y, más en general, *viajar*, “andar por tierras desconocidas o inhabituales”.¹

Antes de la exigencia moderna de certeza, en pleno Renacimiento humanista, dos grandes figuras de la cultura (que, además, entablaron amistad entre sí) comprendieron el carácter precario y aventurero de la procura de conocimiento: Erasmo de Róterdam y Paracelso von Hohenheim. El mismo Erasmo que se preguntaba qué cosa había más digna de alabanza que la verdad, afirma en su famoso *Elogio de la locura*: “Algunos dirán que es una desgracia el engañarse. Y yo digo que es mayor desgracia el no engañarse nunca”; y agrega: “las cosas humanas son tan vacías y tan oscuras, que es imposible saber nada de una manera cierta”.²

Paracelso, por su parte, entiende a la experiencia como una apertura al mundo a través del “andar y ver”. Sostiene que es necesario haber “pisado con los pies y visto con los ojos”³ antes de fijar las doctrinas por escrito y que por ello “deberíamos recorrer andando las tierras e informarnos de las *specierum diversitates*”.⁴ Y, retomando una antigua metáfora, dice que si el mundo entero es una “colección de libros”, entonces quien quiera saber debe comportarse “de modo ambulatorio”, y “dar vuelta las páginas de los libros peregrinando y vagabundeando”.⁵

No obstante, como también lo muestra la metáfora, el viajero que pisa la tierra *desea* llegar a alguna parte y *confía* (aunque sin certezas) en que el suelo bajo sus pies no cederá. No hay incertidumbre sin *deseo* y sin *confianza*: por más que uno acepte la incertidumbre como condición intrínsecamente humana, no tiene por qué negar el propio deseo, aun cuando este no llegue a realizarse; y por más que la incertidumbre esté en el fondo de nuestra existencia, allí también está ese *suelo de creencias* originario en el que consiste la existencia misma y sobre el que también se apoya la confianza en el otro y en los valores (la justicia, la solidaridad, también la verdad) que pueden orientan nuestra vida en conjunto.

Sin la certeza de que contribuya a ello, pero con el *deseo* de participar en esa búsqueda de la verdad y la *confianza* de aportar un “granito de arena”, nos complace presentar, como quien *camina la incertidumbre*, un nuevo número de la *Revista Tábano* a todos nuestros lectores. Como es nuestra costumbre, encontrarán en esta entrega la diversidad temática que nos caracteriza y la presencia de alumnos y doctorandos de la Universidad Católica Argentina.

La presente edición se abre con el trabajo del Dr. Martin Grassi, “La persona contra la comunión”. Aquí Grassi plantea pensar el *autós* griego y el concepto latino de persona como sustrato hermenéutico último de sentido, como la última capa sobre la que se sedimenta Occidente. La reflexividad del *autos* configura el horizonte a partir del cual interpretamos las cosas. A partir de esta propuesta hermenéutica, Grassi propone repensar nuestra noción de persona y de comunidad.

Jorge Luis Roggero, en el segundo artículo de esta edición, “La vigencia de la teoría institucional del arte como diagnóstico”, reivindica la teoría institucional del arte como el análisis más acertado a la hora de analizar el arte contemporáneo y, por lo tanto, como el punto de partida de cualquier estudio posterior, sea dentro de la filosofía analítica o continental. Roggero nos ofrece una rica exposición del desarrollo histórico de las discusiones de la estética analítica en busca de una definición de qué es el arte. El trabajo culmina con las diferentes perspectivas sobre “el mundo del arte” de George Dickie y Arthur Danto.

Juan Solernó trabaja las relaciones entre filosofía y música en el pensamiento de Gabriel Marcel. Estos intercambios entre estas disciplinas no son para Solernó accidentales, sino que la música es un *Leitmotiv*, un hilo conductor, que aúna toda la trama de la filosofía de Marcel. El espectador de una pintura observa un objeto pasivamente; en cambio, quien escucha una obra musical, está inmerso en una sinfonía. Del mismo modo, para Marcel, debemos entender el conocimiento, el abrirse a lo real es el escuchar las voces y los llamados del ser. El autor señala la importancia de la música a lo largo de su biografía y luego se sumerge en el análisis fenomenológico de este género artístico.

Diego Pérez Laserre se sumerge en las intrincadas relaciones entre filosofía y literatura de la mano de Martin Heidegger y J. R. R. Tolkien. Particularmente analizará cómo ambos autores abordan el fenómeno de la tecnología y el entrecruzamiento entre sus reflexiones. Ambos son críticos de la era moderna que explota ilimitadamente la naturaleza pero, sostiene Pérez Laserre, mientras que para el filósofo alemán esto se debe a causa del olvido del ser, para Tolkien se debe a que el hombre se siente superior a todo ente y, por tanto, a la naturaleza.

Cecilia Giudice hace una introducción a la antropología de la filósofa carmelita en su artículo “Un todo que piensa, siente, quiere y obra: la antropología integral de Edith Stein”. Considera al ser humano una sustancia compuesta por dos principios: cuerpo y alma. Busca, sin embargo, alejarse de cualquier dualismo antropológico, sirviéndose del concepto “centro” como articulador para justificar la integralidad de la persona. Así, esta, entendida como unidad corpóreo-anímico-espiritual, es el centro vivo en el cual resuenan tanto el mundo interno como externo.

Mauro Guerrero reconstruye la fundamentación ontológica de una ética de los valores por parte de Francisco Leocata, que pone en diálogo la metafísica clásica con los nuevos aportes de la filosofía contemporánea. La realidad, aunque fácticamente se nos muestra con ciertas carencias, tiene un valor en sí mismo. Esto supone una apertura previa a la realidad de las cosas, una ética de los valores presupone la persona humana en tanto ente capaz de participar de un modo más pleno del ser de las cosas. La ley moral surgiría del encuentro entre la persona y el valor de las cosas.

Cierra esta edición Ezequiel Curotto con su trabajo “Sub umbra crucis”, un ensayo original para la sección de “Reflexiones”. Para finalizar agradecemos a los autores por sus aportes y a la Universidad Católica Argentina por su incondicional apoyo.

Mateo Belgrano y Marcos Jasminoy

¹ ORTEGA Y GASSET, J., *La idea de principio en Leibniz y la evolución de la teoría deductiva*, tomo I, Ediciones de la Revista de Occidente, Madrid, 1967, 207.

² ERASMO DE RÓTTERDAM, *Elogio de la locura*, A. Rodríguez Bachiller (trad.), Aguilar, Madrid, 1962, cap. XLV.

³ VON HOHENHEIM, T. (PARACELUS), “Das Buch von den tartarischen Krankheiten, dem Pfarrer Dr. jur. Johann von Brandt in Eferdingen gewidmet (1537/38)”, en: *Sämtliche Werke*, Karl Sudhoff (ed.), t. 11: “Schriftwerk aus den Jahren 1537 – 1541”, 27. La traducción de este fragmento y los dos que siguen en nuestra.

⁴ *Ibid.*, 29.

⁵ *Ibid.*, 27.